

José Medina
González Dávila

A N T R O P O L O G Í A

La cacería del venado entre los apaches y los huicholes: prácticas ancestrales vigentes dentro de un mismo campo semántico cultural



Untroducción: la caza del venado como intersección nodal de la religiosidad amerindia

Uno de los pueblos indígenas más emblemáticos del hemisferio norte, pero irónicamente uno de los menos estudiados desde la antropología, son los apaches. Identificados en el imaginario popular como guerreros sanguinarios y audaces, la mayor parte de la concepción histórica contemporánea continúa perpetuando esta imagen de manera generalizada. Desgraciadamente, muy pocos estudios etnográficos se han elaborado sobre este grupo en los últimos ochenta años y todavía existen muchos elementos de sus prácticas religiosas, ceremoniales, rituales, y su cotidianidad que permanecen sin ser exploradas por la etnología.

Uno de tantos elementos a los que poca atención se le ha prestado en la literatura etnográfica ha sido el proceso de la cacería del venado. Poseedores de un *corpus* mitológico amplio y de una cosmovisión particular bien definida, los apaches asocian al venado en prácticamente todas las etapas y momentos de su vida. Desde su aparición en mitos, leyendas, rezos, danzas y ceremonias hasta su ingesta como fuente de “vida” corporal y espiritual, el venado figura como uno de los animales más icónicos en la religiosidad y vivencia apacheana.¹

El presente artículo tiene la finalidad de ser una primera aproximación etnográfica y de análisis antropológico comparativo sobre la cacería del venado entre los apaches de Estados Unidos, así como de la ritualidad asociada a la misma. Para este efecto, se tomarán en cuenta los datos de campo recopilados por el autor en 2009-2010, así como en entrevistas posteriores a miembros reconocidos de las comunidades atapascanas del sur que aumentan el acervo de información para fines analíticos. Por otro lado, este trabajo presenta una comparación sintética con la caza del vena-

¹ Término genérico de la etnología estadounidense para designar a todos los grupos atapascanos del sur.

do entre los huicholes, de acuerdo con las observaciones de Carl Lumholtz, llevadas a cabo en 1895 en el occidente de México. A través de este breve ejercicio será posible identificar ambos espacios culturales —el apache y el huichol— como parte de un mismo complejo semántico, vinculado por medio de un conjunto de relaciones fundamentadas en procesos semióticos comunes.

La pretensión general de este texto es incitar a una discusión más amplia respecto a la cacería y simbología ritual del venado entre los pueblos amerindios en México y en Estados Unidos, partiendo de las concepciones cosmogónicas de los mismos y que se entrelazan con las de otros grupos indígenas. De manera sintética, los apaches conciben al venado como la materialización por excelencia de las entidades sobrenaturales que transmiten dones al pueblo. Fuente de alimento espiritual y corporal, sustento de la espiritualidad y recurso indispensable para su religiosidad aborígen, el venado detenta un lugar de honor y respeto en la cosmovisión apache, que se vincula con casi todas sus prácticas ceremoniales. De manera correspondiente, los huicholes conciben al venado de manera similar, siendo el cérvido objeto de muestras de extremo respeto y de consideración como la “ofrenda” predilecta por sus deidades.

Para la demostración de dichas afirmaciones, el presente artículo comienza con un breve resumen de la mitología apacheana, que vincula al venado como entidad espiritual/corporal con los apaches, para después analizar tres casos de cacería. El artículo demuestra cómo, pese a las adaptaciones propias a su entorno contemporáneo, los fundamentos esenciales de la caza siguen vigentes entre los apaches, como un legado de su pasado y herencia cultural que perdura para el futuro. Finalmente, el texto concluye con una sucinta comparación con el proceso de cacería de los huicholes, donde se analizarán *inter pares* las particularidades de este grupo con los correspondientes de los atapascanos del sur. Estos procesos no sólo los vinculan con otras etnicidades amerindias, sino también con una cosmovisión de la cual no pueden concebir disociarse. Éste es el legado de sus ancestros.

Mitos relacionados con la cacería del venado: un punto de inicio analítico

Morris Edward Opler, considerado como uno de los etnólogos más destacados del suroeste estadounidense durante el siglo pasado, dedicó considerable tiempo y esfuerzos durante la década de 1930-1940 a la elaboración de las primeras etnografías detalladas de los apaches en Arizona y Nuevo México. Entre sus textos encontramos la recopilación de los mitos y leyendas de los diferentes grupos apacheanos, siendo los chiricahuas y los mescaleros aquellos a los que dedicó mayores esfuerzos. Sin embargo, también desarrolló y publicó las mitologías de los apaches lipanes, jicarillas y de montaña blanca, mismas que no han recibido el merecido reconocimiento entre la comunidad antropológica contemporánea.

Una de las características más importantes de todas las mitologías de los apaches es la presencia de relatos, instrucciones ceremoniales y rituales, y concepciones específicas referentes al venado. Mientras existan diferencias y particularidades sobre el mismo entre las diferentes subdivisiones de los apaches, todas son consistentes en el valor e importancia que este animal posee en su vida cotidiana y religiosa. La asociación del venado con la pubertad femenina, la fertilidad, la abundancia, la “medicina de vida”, así como con aquello que se considera símbolo de lo sobrenatural, dota una caracterización y jerarquización al venado como coyuntura fundamental de la cosmovisión apache.

Opler² señala que entre los apaches chiricahuas existen tres mitos fundamentales sobre el venado, uno de ellos directamente relacionado con la cacería. En el mito número veinte³ señala al venado como la fuente de alimentos e indica que la carne del venado debe consumirse limpia de toda sangre. Este referente es importante, pues en las entrevistas y observaciones etnográficas hechas en 2009, 2010 y 2011 los informantes hicieron clara distinción de que no consumen la sangre del venado, y si es posible, el mismo es desangrado en el lugar de su muerte.

² Morris E. Opler, *Myths and Tales of the Chiricahua Apache Indians*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1994 [1942].

³ *Ibidem*, p. 44.

En el mito 36 del citado autor, titulado “Coyote mata a Venado con su ceremonia”,⁴ se representa uno de los mitos más largos de los chiricahuas. En el mismo, “Coyote caza a Venado”⁵ por medio de una emboscada con arco y flechas, las cuales deben penetrar el costado de la presa. El cazador, Coyote, realiza un canto ritual al momento de la muerte de Venado, el cual expira durante la madrugada. Finalmente, el mito señala que no se deben comer las entrañas del venado, sino deben dejarse en el lugar. Todos estos elementos son fundamentales en su consideración, pues en las prácticas chiricahuas tradicionales y contemporáneas de cacería del venado, dichos actos se llevan a cabalidad de manera ceremonial en remembranza del mito.

Finalmente, el primer mito de la segunda sección de la recopilación de mitologías de los chiricahuas realizadas por Opler,⁶ identifica la práctica de los jóvenes y cazadores adultos de frotarse las piernas con grasa del venado. El mito lo identifica como el acto de “alimentar a las piernas”, en preparación para la cacería. Nuevamente, este elemento resulta fundamental para la práctica contemporánea de la caza de venados entre los apaches.

Opler también realizó recopilaciones de los mitos y leyendas de otros grupos apaches. Uno de sus trabajos más completos —pero menos conocidos— es la colección mitológica referente a los apaches lipanes, publicada originalmente en 1940. En este trabajo se recopilan 13 mitos referentes al venado, cuatro de ellos específicos de la cacería. Si comparamos esta proporción frente a la mitología chiricahua (casi equivalente a cuatro a uno), podemos identificar la importancia del venado y su cacería para los lipanes.

En uno de los primeros mitos de la antología de Opler se señala que una de las personalidades mitológicas más importantes de los apaches, Asesino de Enemigos —una figura semi-deificada entre todos los grupos atapascanos del sur— crea a Venado como un ser de alta distinción y respeto.⁷ En este mito se señala

⁴ *Ibidem*, pp. 58-60.

⁵ Se utilizan mayúsculas para indicar que el sujeto es una entidad sobrenatural y espíritu primigenio, que incluye pero no es equiparable con el animal que le representa.

⁶ *Ibidem*, p. 91.

⁷ Morris E. Opler, *Myths and Legends of the Lipan Apache Indians*, Nueva York, American Folklore Society, 1940.

que para que pudiera moverse, Asesino de Enemigos mandó que cuatro remolinos, provenientes de cada dirección del mundo, ingresaran al cuerpo de Venado. Éstos se convirtieron en su “espíritu de vida” y por tanto sus mensajeros. Es por este motivo que los vientos de las cuatro direcciones alertan a Venado sobre la presencia de cazadores.

Finalmente, este mito indica que si el cazador realiza los rezos y cantos adecuados, Venado se deja cazar al salir al descubierto. Resulta tentador inclinar el análisis a suponer un “autosacrificio” del venado ante el cazador. Sin embargo, asumir esta postura implica descartar otras fuentes e interpretaciones de la mitología amerindia, así como ignorar los datos etnográficos referentes a la cacería práctica y ritual. En el caso concreto de los apaches lipanes, tan sólo debemos revisar algunas páginas más adelante del texto de Opler para encontrar el mito titulado “Bufón ayuda al cazador de venados”.⁸ El “bufón” o “payaso” es un *gahan*, uno de los “Espíritus de la Montaña”, que representan a las entidades sobrenaturales más importantes de los apaches. En el primer mito ya citado Asesino de Enemigos, otorga a Bufón la responsabilidad de cuidar al venado. De esta manera, mientras que el “dueño de Venado” es Asesino de Enemigos, el cuidador y encargado de su bienestar es Bufón.

En este segundo mito se narra que un cazador llevaba ya varios días sin encontrar presa. Bufón se apiadó de él y le enseñó a cazar al venado con arco y flechas. Como parte de su tutela, el *gahan* enseña al cazador la ceremonia propia para cazar venados, destacando que no debía matar al primer venado que se le cruzara. Como desenlace del mito, Bufón señala que el cazador no podrá matar venados hasta que éste “tenga mucha hambre y cansancio”. De esta manera, se instituye con carácter mitológico el acto ritual de la penitencia del cazador de manera previa a la cacería de venados.

En un sintético análisis de ambos mitos lipanes, se puede contemplar que más que un “autosacrificio” del venado encontramos una “complicidad” entre el *gahan* encargado de los venados y el cazador, el cual busca la ayuda del primero por medio de la penitencia y el

⁸ *Ibidem*, p. 52.

esfuerzo físico y espiritual. La piedad del *gahan*, la penitencia del cazador y el implícito reconocimiento honoroso al dueño de los venados representan el eje relacional de la caza ritual y ceremonial del venado, como entidad corpórea y de su contraparte simbólica como una extensión de *Yetasete*, el Creador. Es a partir de estos dos mitos que el resto de leyendas lipanes marcan las instrucciones complementarias para la cacería del venado, tales como la instrucción de matar al venado en emboscada.⁹

Sin embargo, existen otros mitos lipanes que amplían la importancia del venado en su cultura material y espiritual. Dos de ellos hacen referencia a mujeres que viven con los venados.¹⁰ Mientras que una lectura de estos mitos es que dicha conducta corresponde a personas que tratan de parecerse a una entidad animal, en la cosmovisión apache el venado corresponde al inframundo, al agua, a la noche, y por lo tanto a la mujer. Ésta es la razón por la cual durante la ceremonia de la pubertad femenina de todos los grupos apaches, la joven usa un vestido de piel de venado teñido de blanco o de color claro. Mientras que simboliza también a la figura mitológica de la primera mujer, Mujer Pintada de Blanco, el simbolismo vinculante con el venado es más que evidente.

Tres de los mitos recopilados por Opler entre los lipanes resultan prácticamente idénticos a los de los chiricahuas.¹¹ Entre ellos destaca aquel que indica que hay que “alimentar a las piernas” con grasa de venado. Éste es complementario con otro relato mitológico previo en la obra del mencionado etnólogo: “El corredor más rápido”. En este mito se narra la historia de un muchacho que alimentaba sus piernas con grasa de venado y salía a correr todas las noches, hasta que en una ocasión alcanzó a un venado a plena carrera y lo mata con sus propias manos. Este referente mítico es importante en el análisis de los recuentos etnográficos que se presentarán más adelante en este texto, así como el hecho de que en la historia el muchacho destripa al animal y deja en el lugar sus entrañas. Mayor importancia debe reci-

⁹ *Ibidem*, pp. 54-55.

¹⁰ *Ibidem*, pp. 51 y 285.

¹¹ *Ibidem*, pp. 178, 179 y 288.



Figura 1. Amuletos de cola de venado mula, usados por apaches lipanes. Colección del autor.

bir en un análisis comparativo este mito, cuando se considera que en un mito anterior, “La carrera entre Venado y Antílope”, se señala que Venado es el corredor más veloz de todos los animales.¹²

En su conjunto, el análisis del *corpus* mítico de los apaches respecto al venado señala que en los mitos y leyendas atapascanas se proporcionan los actuales fundamentos rituales y ceremoniales de la cacería del cérvido. Como se verá en los ejemplos y testimonios etnográficos, las instrucciones presentes en los mitos vinculan a los apaches por medio de una compleja ritualidad con su cosmovisión y religiosidad. Por este motivo, la cacería no sólo debe ser interpretada desde su perspectiva técnica, sino simbólica. Cazar venados es una remembranza de los mitos y leyendas, representando la cacería en sí una reconstrucción y representación de dichos mitos. Se trata, entonces, de un elemento confirmante de su identidad étnica por medio de la repetición y continuación de un conjunto de tradiciones que les vinculan con sus ancestros en el

¹² *Ibidem*, p. 200.



Figura 2. Medallón ceremonial apache, elaborado en cobre. La figura principal representa al *gahan*. Nótese la simbología grabada referente al venado. Colección del autor.

inframundo, lugar desde donde proviene su cosmovisión de acuerdo con su religiosidad amerindia.

El simbolismo y la ritualidad del venado entre los apaches contemporáneos

Como resulta evidente en la breve síntesis de los mitos recopilados por Opler presentados en el apartado anterior, la importancia simbólica del venado entre los apaches consiste en un eje inalienable de su cosmovisión y vida social-ceremonial. De carácter específico, existen dos subespecies del venado que son objeto de cacería y empleo ceremonial por los apaches: el venado de cola blanca (*odocoileus virginianus*) y el venado mula (*odocoileus hemionus*), ambos presentes en el territorio tradicional apache. Cada uno se emplea de manera diferente, por lo que la técnica de cacería para cada animal es relativamente distinta. Sin embargo, el simbolismo de ambas especies resulta consistente en todos los subgrupos apaches, lo que se ve reflejado en sus prácticas ceremoniales y religiosas.

Existen procesos ceremoniales y rituales que se comparten en el macro grupo apacheano y que los vinculan en un mismo complejo de prácticas rituales. De manera breve, se presentarán dos procesos ceremoniales compartidos entre los apaches donde el venado resulta el elemento temático central, así como una concepción simbólica específica de los apaches lipanes. En todos los casos, la figura central del venado los relaciona dentro de un complejo religioso integrador que es común entre todos los atapascanos del sur.

La ceremonia de la pubertad femenina o "el Amanecer"

Como la gran mayoría de las sociedades humanas, los apaches contemplan como uno de sus ejes rituales ceremoniales más importantes la transición de la infancia a la adultez de sus jóvenes. En el caso apache, al tratarse de un conjunto de sociedades principalmente matrilineales, el énfasis ceremonial y mitológico se concentra en la pubertad femenina. La institución de esta ceremonia característicamente apache proviene de su concepción mitológica, donde una de las figuras centrales de su religiosidad nativa, Mujer Pintada de Blanco, instruye a los hombres en la correcta conducción y ejecución de la misma.¹³ Desde este fundamento mitológico, la ceremonia de la pubertad femenina constituye una de las prácticas más emblemáticas de este grupo indígena.

Cada familia es responsable de los preparativos y organización de la ceremonia, aunque implica un carácter colectivo, comunitario e intercomunitario. Desde que una madre da a luz a una niña, comienza el delicado proceso educativo que le preparará para enfrentar la ceremonia de la pubertad y lo subsecuente en su vida. A partir de los seis o siete años de edad, las estrictas normas relacionales y rituales de los apaches comienzan a aplicarse entre los niños, lo que se repetirá a todo lo largo de su vida.¹⁴ La niña no puede interactuar de manera directa con ningún varón con excepción de su padre y abuelos, quedando toda su

¹³ Morris E. Opler, *op. cit.*, 1994 [1942].

¹⁴ Morris E. Opler, *An Apache Life-Way, The economic, social and religious institutions of the Chiricahua Indians*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1996 [1941].



Figura 3. Vestido para la ceremonia de la pubertad femenina. Apache chiri-cahua. Elaborado con piel de venado. Arizona State Museum, 1996.



Figura 4. Vestido para la ceremonia de la pubertad femenina. Apache mescale-ro. Nótese la cola de venado al frente del vestido a manera de amuleto. Museum of Anthropology, Pennsylvania State University, 2009.

formación a cargo de su madre, sus abuelas y otras mujeres del grupo familiar. Durante este periodo se le instruye en la división laboral correspondiente, en las labores domésticas, de medicina tradicional, en los cantos y rezos que necesitará en su vida adulta como eje central de la familia.¹⁵

La ceremonia de pubertad inicia propiamente con la primera menstruación de la joven, la cual comienza un proceso de aislamiento y preparación intensiva.¹⁶ Su madre y/o abuela se concentran en enseñarle los cantos, rituales y conocimientos requeridos para la ceremonia y también empiezan a confeccionar el vestido ritual. Éste se elabora exclusivamente de piel de venado mula (*odocoileus hemionus*) hembra y tiene que ser curtido de tal manera que sea totalmente blanco o de

¹⁵ *Idem.*

¹⁶ La subsecuente síntesis de la ceremonia, sus preparativos y consecuencias fueron recopilados por el autor durante la temporada de campo 2009-2010 entre varios grupos apaches. Dichos datos son compatibles con los presentados por Opler; véase Morris E. Opler, *op. cit.*, 1996 [1941], pp. 82-139.

color claro. En el mismo, se elaboran decorados con cuentas de los colores propios del subgrupo étnico y familiar al que pertenece la adolescente, adjuntando al vestido en muchas ocasiones las colas de los venados empleados en la preparación del vestido. Este proceso puede llevar hasta sesenta o noventa días.

De manera paralela, se contacta al medicinero¹⁷ de la comunidad y se le solicita, por medio de ofrendas y regalos, que convoque a la ceremonia del “Amanecer” y que la conduzca. Durante este tiempo, la joven permanece aislada y reside en una choza específicamente elaborada para ella, donde sólo su madre y su abuela pueden visitarla, llevarle alimentos (principalmente carne de venado) y enseñarle los rezos correspondientes. Tras haberse realizado todos los preparativos, se convoca a toda la comunidad y a otros grupos apaches vecinos, o con los que se mantienen buenas relaciones, a la ceremonia.

De manera usual ésta tiene una duración de siete días y siete noches, de las cuales únicamente cuatro jornadas son públicas. Durante el proceso se lleva a cabo un complejo ritual que involucra la invocación de los Espíritus de la Montaña (*gahan*) —representaciones de las entidades sobrenaturales que regulan la cosmovisión apacheana— entre los que, como una de sus múltiples manifestaciones, se encuentra el venado. El procedimiento simbólico implica que la joven objeto de la ceremonia se convierte en “Mujer Pintada de Blanco”, figura mitológica de los apaches como la primera mujer. Durante este periodo, la joven se convierte en una deidad, en la encarnación de un espíritu sobrenatural que tiene la atribución de otorgar “vida” y otros dones a la comunidad. Esto se manifiesta cuando su rostro es decorado con *hodendat* (polen de *typha angustifolia*), el cual también es arrojado por la joven durante la ceremonia a la comunidad congregada a manera de un “bautismo” colectivo. Sin

¹⁷ Término que designa a la personalidad shamánica de la comunidad, la cual se nombra coloquialmente “Medicine Man” en inglés.

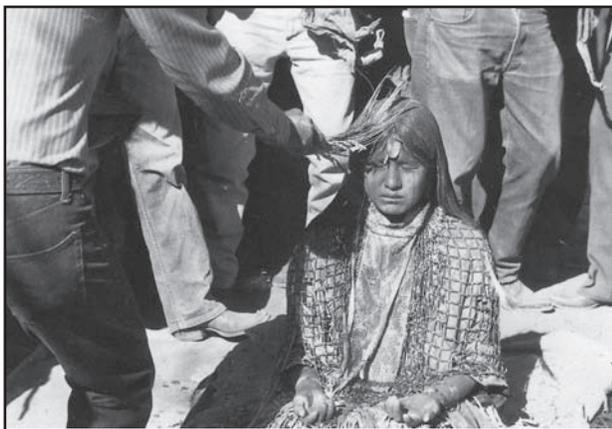


Figura 5. Medicinero apache pinta la cara de la niña durante la ceremonia de la pubertad con polen, usando un manojo de pasto verde. Thomas Mails, *The People Called Apache*, Englewood Cliffs, Prentice-Hall, 1974.



Figura 6. Niña apache con la cara pintada con polen de *typha angustiflora* durante la ceremonia de la pubertad femenina. Thomas Mails, *op. cit.*

embargo, ésta no es la única atribución que tiene la iniciada. Una informante apache chiricahua comentó durante una entrevista en Nuevo México en febrero de 2010:

Mira, la niña es Mujer Pintada de Blanco, la que da los regalos a su gente [pueblo]. Por eso ella rocía con *hoden-dat* a los que se le acercan, y los *gahan* le ofrecen reverencias. Pero no te me confundas, la mujer es el venado y el venado es la mujer. El espíritu del venado es de la mujer, por eso trae el vestido de venado y las colas. Cuando crezca, como el venado, va a alimentar a su familia. Verás, el venado es vida, es comida, es fuerza, es espíritu. Por eso la mujer es Venado. Por eso siempre trae una cola de venado o su piel para rezarle.

De esta manera, la joven durante la ceremonia invoca los poderes sobrenaturales del venado para distribuirlos en su comunidad. El proceso correspondiente a esta práctica —misma que será tratada a profundidad en posteriores publicaciones— indica claramente la importancia que el venado posee, en su carácter simbólico, durante las etapas más importantes de la vida personal y comunitaria de los apaches. Dicho simbolismo no sólo se presenta durante los ritos de paso, sino también en otras ocasiones importantes para la vida ceremonial de las comunidades atapascanas.

Los Espíritus de la Montaña (gahan)

Una de las prácticas rituales más características de los apaches es la presencia de los Espíritus de la Montaña

o *gahan*. Éstos representan a los espíritus sobrenaturales mitológicos del surgimiento de los apaches, quienes invocan a las fuerzas y deidades que rigen la vida en el mundo. Con la excepción de *Yetasetá* o *Yosin* (ser supremo y creador de todo), los *gahan* representan a las fuerzas sobrenaturales más importantes de los apaches. Tanto su vestido como su participación invocan a la figura sobrenatural por excelencia: el venado.

La presencia de los *gahan* conlleva características particulares en cada grupo apache. Sin embargo, en su gran mayoría se ejemplifica con danzantes rituales con máscaras o capuchas con cornamentas de venado, ya sean reales o formadas con madera de mezquite. Desde esta perspectiva, los danzantes “enmascarados” *gahan* son en realidad danzantes del venado, una transmutación e invocación a los espíritus que otorgan la vida y bendiciones al pueblo apache.

Durante sus numerosas coreografías, sus movimientos y actos representan a un conjunto de animales con atributos sobrenaturales, entre ellos el venado. Tomando este último como figura integradora de todas las deidades y espíritus sobrenaturales, los pasos y coreografías rituales reflejan a todas las entidades anímicas que figuran en la mitología y cosmovisión apache, donde destacan el tecolote, el coyote, la serpiente, el trueno, el viento, los remolinos y otros. Sin embargo, el eje de todas estas transfiguraciones es el venado. En palabras de un danzante *gahan* entrevistado en 2010:

Pues mira, te diré que el *gahan* es el espíritu de la montaña, es el que es todos, es el que es dador de vida [...] Pues



Figura 7. Danzante *gahan*, Reservación Apache Mescalero, ca. 1930. Thomas Mails, *op. cit.*

sí, es el venado, nomás ve la máscara. Cuando danzamos no somos nosotros, es venado y tecolote y serpiente y coyote y el rayo el que está ahí. Nos paramos como venado, nos movemos como venado. Es el que da la vida.

Los *gahan* son interpretaciones de las figuras mitológicas apaches que integran a un conjunto de entidades sobrenaturales, y como tales, tienen la facultad de invocación divina, de sanación y de bendición individual y comunitaria. La presencia de los danzantes en

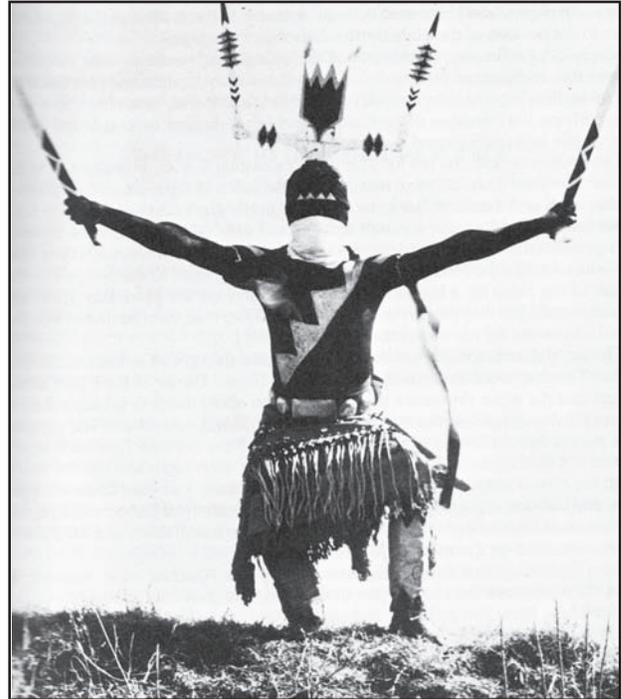


Figura 8. Danzante *gahan*, apache chiricahua. Andarako, Oklahoma, A. C. Hector, 1976.

las ocasiones más significantes de la vida apache nos señala su importancia tanto simbólica como ceremonial. En todas éstas, la presencia de Venado es uno de los elementos característicos y más destacables.

La asociación del venado-colorín-peyote entre los lipanes

Finalmente, en el caso de los apaches lipanes el venado posee otra concepción de carácter religioso-ritual: es hermano por asociación simbólica. Dentro del conjunto de prácticas ceremoniales de los apaches, solamente los lipanes y mescaleros han utilizado el frijol de laurel de montaña (*sophora secundiflora*), también conocido como “colorín”, y el peyote como elementos centrales de sus prácticas religiosas. En la actualidad, tan sólo un puñado de practicantes de estas tradiciones sigue llevándolas a cabo, pese a que su simbolismo es casi universalmente reconocido entre los apaches. Tanto el colorín como el peyote se utilizan como instrumentos inductores a un estado alterado de conciencia, el cual se requiere para sus prácticas ceremoniales.¹⁸ El testi-

¹⁸ José Medina González Dávila, “¿Qué significa ser apache en el siglo XXI? Continuidad y cambio de los lipanes en Texas”, tesis doctoral, México, Departamento de Ciencias Políticas y Sociales-Universidad Iberoamericana, 2011.



Figura 9. Danzantes *gahan* chiricahuas representando la coreografía específica a la cacería. Imagen registrada y elaborada por Thomas Mails, *op. cit.*

monio de un medicinero apache en 2009 nos ofrece una mirada a la concepción del peyote-colorín:

Pues mira, el venado es la fuente de nuestra vida, es el que nos dice cómo vivir, como alimentar a nuestros hijos. Nosotros vamos por él para alimentar a nuestros niños, ¿sabes? Pero también Venado nos enseñó las viejas ceremonias. Venado va y come colorín, y se va al otro mundo. Nomás velos cuando comen colorines. Por eso comemos en ceremonias al colorín, porque nos llevan con los ancestros, al otro mundo, allá a donde vamos cuando te mueres. Cuando abrimos al venado para comer vemos los colorines en la panza. Y cuando [el venado] los saca, pues se hacen la nueva medicina (peyote). Por eso la medicina viene de Venado, pero primero le entró como colorín. Si no me crees, nomás velos, míralos bien. Así es como aprendieron mis ancestros, así es como vivimos nuestras formas.

De esta manera, el complejo colorín-peyote-venado representa un bastión de las prácticas religiosas de los lipanes. El colorín es visto como el instrumento que

permite a los seres de “este mundo” viajar al “inframundo”, y a una dimensión donde ambos espacios coexisten. El venado, visto como una materialización simbólica del inframundo y de las entidades no corpóreas que les dotan de los elementos necesarios para subsistir, tanto en términos materiales como espirituales, representa un medio por el cual los apaches adquirieron algunas de las prácticas religiosas y ceremoniales más importantes. Pero, a su vez, dicha representación es tan sólo el medio por el que otras entidades espirituales se pueden manifestar a los hombres.

Aparentemente, tras la observación del venado, asociado con los hombres por medio de un proceso de parentesco simbólico, los lipanes desarrollaron sus propias ceremonias respecto al colorín y posteriormente al peyote, lo cual se debe también a la transculturación de otros grupos amerindios con los que mantuvieron contacto.¹⁹ De esta manera, la cacería del venado se contempla como un esfuerzo emprendedor de los hombres por acercarse a las divinidades, a todo aquello que resulta primigenio y sobrenatural en su cosmovisión. Capturar al venado implica sacrificio y dedicación por parte de los cazadores, reconociendo la astucia y habilidades del venado. Por este motivo, el proceso de la cacería supone una doble función: la material, para obtener un recurso natural que les permita subsistir; y la ritual, que les otorga un fundamento espiritual. Ambas confluyen en el marco de la tradición, misma que de manera transgeneracional proporciona los elementos necesarios para la continuidad de la religiosidad nativa apache.

Casos de cacería de venado entre los apaches: diferentes formas de vivir una invocación ritual y ancestral

Durante el estudio etnográfico hecho en Arizona, Nuevo México, Texas y Oklahoma en la temporada 2009-2010, se documentaron numerosos casos donde el venado y la cacería del mismo representan ejes nodales de las relaciones sociales-religiosas de los apaches. En agosto de 2011 dicha información se amplió, concentrándose en el proceso de cacería. Más que concebirse

¹⁹ *Idem.*

como un acto específico, la caza del venado representa un proceso ritual y ceremonial que implica una duración de varios días, pero cuya trascendencia continúa a lo largo de todo el año por medio de ceremonias específicas.

A continuación se presentan tres casos etnográficos de la cacería del venado que llevan a cabo los apaches en diferentes regiones de Estados Unidos. Para propósitos de claridad en la exposición, se agrupan de acuerdo con el método de cacería: con y sin el uso del arco y flecha. Pese a que hay similitudes considerables entre todos los casos, es importante considerar que el contexto del proceso de cacería es relativamente diferente. Un análisis comparativo a profundidad de estos datos puede evidenciar la importancia simbólica y ritual de la cacería como eje de la vida y cosmovisión apache.

La cacería del venado sin arco: la fortaleza del apache.

El sur de Texas se caracteriza por ser un desierto con numerosos arbustos denominados coloquialmente como *chaparrales*. La vegetación característica de la zona se conforma por pastos, árboles de mezquite y laurel de montaña, orégano silvestre, y junto a las escasas fuentes de agua hay árboles de sabino (ahuehuete) y numerosas especies vegetales. Con una temperatura promedio en el verano de 40°C y un alto índice de humedad en las cercanías costeras, constituye el ecosistema ideal para un conjunto de especies animales, entre las que el venado de cola blanca, —y en menor cantidad el venado mula— habitan. Jabalíes, coyotes, serpientes y un considerable número de aves de rapiña forman parte de la cadena alimenticia de la región.

La mayoría de los asentamientos humanos en la región son comunidades rurales, cuya fuente de ingreso principal es la ganadería. El cultivo en la región es prácticamente inexistente debido a la carencia de agua y de infraestructura hidráulica. Un grupo de apaches lipanes viven su cotidianidad en esta zona de rancharías y pequeños pueblos agropecuarios, mismos que consideran “la tierra de sus abuelos”.

En uno de tantos pueblos en el sur de Texas,²⁰ una comunidad de no más de dos mil personas, reside una

familia de lipanes que han vivido en la región desde ya hace varios siglos a las afueras del asentamiento. René, de 47 años de edad, es lipán de primera generación que nació y creció en este pueblo. Lo más lejano que ha viajado es a San Antonio, aproximadamente a doscientos kilómetros y considera el sur de Texas su hogar. Su ocupación actual es la de recolector de basura, adscrito a la dirección de obras públicas del pueblo. Al no poder aspirar a un puesto superior, debido a que tan sólo terminó su educación secundaria, René al igual que sus hermanos trata de mantener un nivel mínimo de vida en una comunidad que no quieren abandonar. Su testimonio en 2009 nos presenta un contexto de su vivencia:

Pues, ¿qué te digo? Desde que soy chavo vivimos en este pueblo, pero no en el mero pueblo. Mis padres aquí vivían, de lo que podían. Cuando creció el pueblo con los ranchos pues nos veían feo, porque decían que éramos indios sucios. Y pues sí lo somos, aunque no les guste. A mí y a mis hermanos nos trataban mal, porque decían que hacíamos cosas raras. Pero no era cierto, nomás seguíamos las costumbres que nos enseñaron nuestros padres. Cuando niño no teníamos mucho qué comer, entonces yo y mis hermanos cazábamos venados pa' comer. Papá nos enseñó a cazar a Venado, y pues todavía lo hacemos como entonces. Ahí en los *powwows* (reuniones intertribales) vimos que cómo los cazábamos de chicos es igualitito que como los otros apaches los cazan. ¡Y nosotros ni sabíamos! Nomás los agarrábamos como nos enseñó papá, y pos nomás eran para comer.

Al preguntarle sobre cómo cazaban el venado, su testimonio en 2010 nos permite ver una técnica de cacería que en ciertos elementos es muy similar a la de otros apacheanos. Pese a que en Texas existe la limitación legal de la cantidad y las temporadas en las que puede realizarse la cacería del venado, esto aparentemente no implica un condicionante a las prácticas de esta familia.

acuerdo de confidencialidad firmado con los informantes durante la temporada 2009-2010, en virtud de que algunas de estas prácticas tradicionales resultan opuestas a los estatutos legales en Texas.

²⁰ Se omiten datos específicos como muestra de respeto al



Pues mira, el cazar al venado no es fácil. Ahí, si traes una carabina, pos ya más fácil ¿no? Pero no es como cazamos los apaches, así no se hacen las cosas. Primero tienes que observar al venado por mucho tiempo, ver pa' dónde va, cómo se mueve, por qué caminos pasa. Luego te acercas y lees sus huellas. Tienes que saber leer las marcas del venado. Cómo pisa, si es macho o hembra, su orina, y hasta sus restos [excrementos] tienes que ver. Tienes que leer al venado, y saber cómo y dónde va a ir.

Papá nos enseñó que te tienes que poner por el agua desde temprano, ahí como a las cuatro o cinco [de la mañana], cuando tarde. Y ahí lo esperas. Desde chavos corríamos mucho, todos los días papá nos mandaba a correr como locos. Y cuando regresábamos nos ponía grasa [de venado] en las patas, pa' que comieran. Cuando vas a cazar venado tienes que estar con hambre, te tienes que castigar. Si vas con la panza llena, pues no cazas nada. Dios se apiada de ti si tienes hambre, ¿sabes? Dos o tres días de hambre, y nada de andar con mujeres ¿eh? Te tienes que purgar bien, y quitarte todos los olores de hombre. Te pones ceniza, o te frotas yerbas. Luego te vas al lugar donde ya sabes que anda el venado, por donde va a caminar. Te pones junto al agua, al arroyo o al estanque. Te agazapas bien y te pones de forma que el viento corra a tu cara y contra el atrás del venado.

Te tienes que esperar y esperar, sin hacer ruidos ni moverte. Si te corre una cascabel encima, pues ni te mueves. Si te pican los moscos, ni te mueves. Si haces un ruido los pájaros se espantan, y el venado se te va. Te pones detrás del chaparral, del zacate, como te acomodes mejor. Pero no te mueves, ni respiras si puedes. Cuando el venado está cerquita, ni te mueves. Tienes hambre, y le pides a Dios que te ayude para comer tú y los tuyos.

Ahí cuando lo tienes cercas [sic], como a unas cinco o diez yardas,²¹ cuando el venado baja la cabeza o voltea pa'l otro lado, pegas la carrera. A veces tienes que corretearlo un poco, pero te tienes que esperar a que se volteé o baje la cabeza. Ahí es donde como apaches le ganamos al venado, porque corremos más fuerte que él. ¡Y más porque traes hambre! Ya te sacrificaste y limpiaste, si lo hiciste bien tienes tu premio. Corres y lo agarras por atrás de la cabeza. De un solo golpe se la tuerces, hasta que bote el cuello. Te tienes que cuidar de los cuernos y las patas. Y nunca de frente al venado. Le caes [con tu peso] encima pa' que trueene bien el cuello.

²¹ Una yarda equivale a 91.4 cm.

Ya que cayó, pues todavía tiene su aliento. Te le pones cerquita, cerquita a la boca del venado, y le chupas su viento. Tiene que ser su último viento; si no, no sirve. Ya que se lo chupaste le tienes que hacer reverencia, por su valor y agilidad. Le pones un puñito de tabaco [picado] junto a la cabeza, y le rezas. Le das las gracias y le das honor. Tienes que honrarlo, porque si no Venado te castiga. Le dices que es para comer tú y los tuyos, y le das gracias a Dios por que te tuvo lástima. Después de rezarle te lo llevas. Pero ahí no es todo ¿eh? Si traes navaja, le quitas las tripas y pulmones. Ésos ni los tocas, porque traen el aire del animal. Ya que te lo destripaste, te lo llevas a casa.

Antes cuando llegabas a casa, le tenías que dar de comer a todos antes de que comieras tú. Aunque lo hayas cazado tú, tú eres el último que come. Te estás castigando para que Dios se apiade y te deje cazar otra vez. Usas todo, no dejas nada sin usar. Si no, ofendes a venado y a la otra se te escapa. Ya de noche, le tienes que rezar otra vez, para que sienta que lo honras, y deje cazarlo otra vez.

Este testimonio nos permite comprender algunos componentes importantes respecto a la cacería del venado. Por un lado, el proceso de cacería comienza con un delicado proceso de observación del animal y sus costumbres. Los apaches son reconocidos como extraordinarios rastreadores, y sus habilidades para identificar signos dejados por animales o humanos les han permitido maximizar sus oportunidades. De acuerdo con otros informantes, algunos de ellos navajo o cheroqui, los apaches poseen habilidades para el rastreo animal que superan a la de otros grupos indígenas.

Esto nos da cuenta de su capacidad de observación y atención a los detalles del medio en el que habitan. Por medio de esta observación pueden planear su estrategia de cacería, la cual en este caso toma la forma de una "emboscada". De igual manera, las habilidades de los apaches para ocultarse en su entorno son puestas en práctica para beneficio de su actividad venatoria. Conocidos por su capacidad para ocultarse, los apaches emplean el terreno de tal manera que maximice su ventaja sobre su presa. Estos elementos hacen clara referencia a los mitos ya presentados sobre la cacería del venado.

Como clímax del proceso de cacería, encontramos en este testimonio que el medio para matar al venado

es “a mano limpia”. Comienza con una rápida carrera corta y precisa, aunada al elemento sorpresa que el cazador emplea para que el animal se aproxime a él. El hecho de romper las vértebras cervicales del animal para someterlo hace alusión a matar al animal sin derramamiento de sangre en el acto. Dicha proeza de extraordinaria habilidad y fortaleza física por parte del cazador corresponde a las características del entrenamiento de los lipanes como cazadores-guerreros.

Sin embargo, el proceso ceremonial previo, durante y posterior a la cacería nos remite a un conjunto de prácticas tradicionales propias de los lipanes, pero que a la vez son compartidas por otros amerindios. El proceso previo implica el ayuno y la oración; una penitencia del cazador para obtener su presa. De acuerdo con el testimonio presentado, ésta tiene la finalidad de conseguir que *Yetasetá*, el Creador, se “compadezca” del cazador y le otorgue una presa para alimentarse.

El proceso de ocultamiento y de supresión de olores humanos también puede interpretarse como parte del proceso ritual y como un requerimiento técnico para que el venado se aproxime. Durante el acecho y la espera, el cazador comienza una oración silenciosa para asegurar su éxito. Al término de la caza, tras darle muerte al venado, la acción de aspirar el “último aliento” del venado invoca un reconocimiento al espíritu de vida del mismo. Esta acción hace alusión a una reverencia y honra del animal, de su espíritu y relevancia en la vida lipán. Debido a esto, el cazador realiza una oración honrosa y de agradecimiento tanto al animal como a *Yetasetá*. Este acto culmina con el depósito ritual de tabaco (*nicotiana tabacum*), que es empleado para marcar reverencia y comunión espiritual del cazador con su presa y los poderes sobrenaturales asociados a esta última.

De cierta manera, este proceso se refrenda al limpiar al animal en el mismo lugar de muerte, retirando los pulmones al ser considerados los que contienen el *neuma* del venado. De esta forma, el espíritu de la presa no es perturbado, sino que regresa al entorno. La penitencia del cazador continúa hasta que toda su familia se haya alimentado, y sigue por medio del empleo de todas las partes del animal. Todo el proceso ritual se caracteriza por la constante oración del cazador, así como por la reverencia simbólica y honrosa hacia el venado, no en

cuanto a su carácter corpóreo sino en al anímico-espiritual.

Al comparar este testimonio con la breve síntesis de las mitologías apaches es posible ver que buena parte de la cacería, tanto en su preparación como en su técnica, se encuentra íntimamente vinculado con las normas dictadas por las mitológicas apacheanas. Este testimonio, al igual que los siguientes, son consistentes con lo descrito por Opler²² respecto a la cacería ritual del venado, en donde las entrañas se depositan en el mismo lugar de la muerte del animal como ofrenda a otras entidades anímicas, como el cuervo o las aves de rapiña. Sin embargo, lo que el citado autor no menciona es la importancia de los pulmones del animal y los motivos por los cuales se depositan en el lugar de su muerte.

Algunas de estas características son compartidas por otros grupos de apaches, lo que muestra una conexión intrínseca de las prácticas rituales-ceremoniales, así como las técnicas en la obtención y aprovechamiento de este recurso natural. Como elemento inalienable, las acciones específicas durante la cacería se llevan a cabo prácticamente de la misma forma en que se narra en las mitologías; sin embargo, ninguno de los informantes lo refirió directamente. Pese a que algunos lipanes no tienen contacto intensivo con otros apaches, resulta destacable que su empleo terminológico y expresivo sea extraordinariamente similar al de otros atapascanos en sus testimonios.

La caza del venado con arco: el caso chiricahua

De manera similar al caso anterior, los apaches chiricahuas cazan al venado como medio de subsistencia y de observancia religiosa. La mitología chiricahua ofrece ejemplos de la cacería del venado con arco y flecha; proceso complejo pero que de cierta manera se asemeja al descrito en el apartado anterior. En el caso de Nuevo México y Arizona, donde sí existen reservaciones apaches, la caza del venado se encuentra regulada, pero abierta a los visitantes no indígenas, lo que representa un ingreso monetario adicional —y muchas

²² Morris E. Opler, *op. cit.*, 1996 [1941], p. 321.

veces muy necesario— en las reservaciones. Dicha regulación marca los periodos del año donde los visitantes pueden adquirir su licencia de cacería y pueden estar en el territorio de la reservación para efectos de caza recreativa.

Sin embargo, estas limitantes no detienen a los habitantes chiricahuas de la reservación para practicar la cacería del venado de manera tradicional. Aunque se encuentran fuera de la regulación oficial, dicha práctica se asume como una actividad que los apaches han llevado a cabo por incontables generaciones. De igual forma, la preparación para la caza del venado es constante y requiere una preparación física y espiritual que se entrelaza con las demás prácticas religiosas de los chiricahuas y otras subdivisiones apaches. Por ejemplo, durante la danza de los *gaban*, al ser éstos la personificación del venado entre otras entidades anímicas relevantes en la mitología y religiosidad amerindia de los apaches, la comunidad les pide abundancia en la caza, habilidad para emprenderla y la devoción para seguir el ritual de manera apropiada.

Por otro lado, de manera tradicional los jóvenes se entrenan constantemente para emprender la cacería por medio de carreras, ejercicio físico, aprender a controlar la sed y mantenerse inmóviles. Adjunto a la práctica constante de los ejercicios de ocultamiento y aprovechamiento del entorno para mimetizarse con el venado, los jóvenes practican incontables horas su puntería y habilidades con el arco y la flecha, que de manera tradicional la conduce un anciano de la comunidad. Aunque la gran mayoría de los jóvenes en la actualidad ya no siguen estas costumbres, durante la temporada de campo 2009-2010 todavía se pudieron observar vestigios remanentes de las mismas.

La fabricación del arco y flechas sigue un delicado proceso que puede tomar meses en su elaboración total. El primer elemento del binomio se elabora con madera verde, en muchas ocasiones el mezquite (*prosopis glandulosa*), o bien se usa otro árbol regional. Martín, chiricahua de primera generación, habló en febrero de 2010 sobre la elaboración de los arcos:

La rama tiene que estar tiernita, que la puedas doblar sin romperse. La tienes que cortar desde el pie de la rama y tratarla con mucho respeto. Tienes que dejar un poquito de tabaco como ofrenda. Es cosa de práctica, porque luego luego ves si la rama se te va a trozar. Si lo vas a usar para cazar, agárrate un tronco verdecito, y nunca uno que haya sido golpeado por rayo. Esos sólo sirven para la guerra, y esos tienes que manejarlos con cuidado. Luego te tienes que llevar la rama y curarla. Tiene que ser no muy alta, que te llegue a tu cadera. Antes los viejos los preparaban, pero ahora cada quien se encarga del suyo. Le quitas la corteza con la navaja y lo adelgazas del centro y las puntas. Pero no mucho porque se te rompe, ¿eh? Lo tienes que curar sobre la lumbre despacito, despacito. Si lo apresuras, se te quiebra. La cosa es que lo puedas doblar y no se te rompa. Pa' la cuerda hay varias cosas que puedes usar. O le metes tripa trenzada, o cinta de cuero curtido. Las mejores son de cuero crudo o las de tendón de venado. Ésas son las meras buenas. La tienes que trenzar pa' que aguante. Ya ahí después de mucho tiempo, ya está el arco, pero todavía le tienes que rezar pa' que te ayude. A veces [el medicinero] te ayuda. Hay quienes lo decoran o le cuelgan cosas, pero yo no soy de éstos. Pero lo que le cuelgues es el espíritu que te ayuda. Lo que quieres es que no haga mucho ruido, porque si no se te escapa Venado.

La construcción y elaboración de las flechas es un proceso adjunto, pero totalmente diferente. Por lo



Figura 10. Diferentes modelos de flechas empleadas por los apaches. Thomas Mails, *op. cit.*

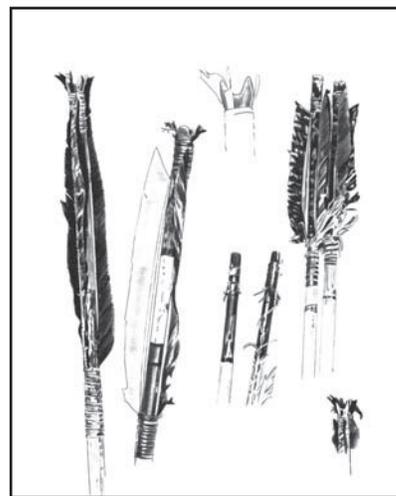


Figura 11. Parte posterior de las flechas apaches. Thomas Mails, *op. cit.*

general las flechas apaches consisten en tres segmentos: la cánula de soporte, una vara dura a manera de dardo y la punta. Cada parte requiere un delicado proceso de construcción, descrito en 2010 por Magdalena, apache de segunda generación:

¡Uy! Para las flechas te tardas. Mira, te voy a contar cómo las hacía papá. El agarraba una cánula [*shaft* en inglés] de madera hueca. A veces usaba huizache. Tiene que estar medio hueco por dentro, y la tienes que pelar y secar bien. Tiene que ser como del largo de tu antebrazo. Cada quien tiene sus flechas, y sus largos son para cada quien. Luego te agarras una vara dura, de mezquite, y que le quepa en el hueco de la cánula. Las dejas secar y luego las pones un rato en el fuego para que se te pongan bien duras. Te agarras tres plumas grandes, de la cola del pájaro; si usas las de las alas también funciona, pero no son para eso. Las mejores son de guajolote o de zopilote. Las de águila son para flechas de guerra, así que esas no. Las partes por la mitad y sólo usas el mismo lado de las tres. A la cánula le pones unas rayas con el cuchillo [de manera vertical], cerca de la cola, para que entren las plumas. Las pones más o menos arregladitas. Con mucho cuidado las amarras con tendón del venado, para que estén bien paradi-

tas. Te tienes que fijar bien, ¿eh? Porque todas las plumas tienen que tirar pa'l mismo lado. La cosa es que cuando tires te ayuden a que vaya girando la flecha, así te llega más lejos.

Ahí cuando las pones, le pones por dentro de la cánula una rayita para que le entre la cuerda del arco. Hay quien les pone adentro tabaco, o un pedacito de árbol que lo tocó Rayo. Pero ésas son para la guerra, y no te conviene usarlas con Venado. Se te pelan y ¿qué haces? Luego amarras la vara del frente a la cánula con tendón. Te tienes que fijar que esté bien derechito, porque si no la echas a perder. Pa' la punta es otra cosa. Hay quien las quiere de piedra, pero esas no son buenas para cazar porque pesan mucho. Papá agarraba los cintos [cinchos] de los barriles, esas tiras de metal y las cortaba. Luego les afilaba los bordes de la flecha, para que entren bien. Tienen que estar como navajas. La amarras con tendón. Ya que está lista la dejas secar bien, antes de cazar. La flecha tiene que estar bien seca, pero bien hecha. Así se hacen las flechas para cazar.

Tras observar la construcción y la práctica del tiro con arco y flechas resulta evidente que el conjunto tiene una dinámica y balística específica: diseñada especialmente para proporcionar al cazador la mayor eficiencia. El arco, pese a que es sencillo y corto, debido a los materiales y la técnica de construcción, ofrece un diseño que permite ejercer la mayor fuerza posible. Dependiendo de cada arco y usuario, y en virtud de lo observado en campo, la fuerza generada es equivalente a la de un arco compuesto (aproximadamente 27.18 kilogramos por centímetro cuadrado).

Respecto a las flechas, su diseño nos habla de funcionalidad y de una aplicación tecnológica específicamente diseñada para ejercer el mayor daño a la víctima/presa con el menor esfuerzo. Al tratarse de una flecha compuesta (en dos segmentos) la sección posterior funge como un transmisor de fuerza a la primera, la cual tiene la finalidad de servir como un dardo. Ésta, al ser sólida y llevar la punta, concentra el peso mayoritario de la flecha y por tanto el balance de la misma. La parte poste-



Figura 12. Punta de flecha de hierro al alto carbón. Apache chiricahua. Colección del autor.

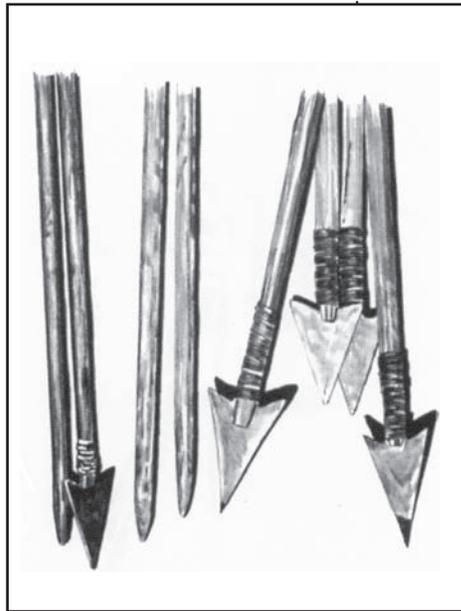


Figura 13. Diferentes tipos de puntas de flecha de los apaches para la cacería. Thomas Mails, *op. cit.*

rior, al ser de menor peso, tiene la función balística de proveer equilibrio, trayectoria y estabilidad al ensamble. Por su parte, la transmisión vectorial de fuerza del arco se hace de manera horizontal sobre el segmento posterior de la flecha, la cual concentra toda la fuerza en la punta.

Los amarres con tendón tienen la finalidad de que en caso de que la víctima/presa rompiera la parte posterior de la flecha, al menos el primer segmento permanezca dentro del blanco. Las plumas tienen la finalidad de proveer suficiente estabilidad a la flecha por medio del giro levógiro, el cual incrementa el alcance y precisión de la flecha. Aunado al hecho de que la misma ha sido endurecida y deshidratada al fuego, provee una estructura rígida pero liviana, lo que incrementa la balística interna de la flecha.

Finalmente, la punta al ser construida con hierro al alto carbón, ofrece una geometría diseñada para incrementar la capacidad de penetración y mantener su filo. Las observaciones en campo de las puntas de flecha apache en 2009-2010 indican que su longitud es de aproximadamente 8 cm y se afilan con piedra al punto de ser como hojas de afeitar. Esto fomenta la penetración y el corte limpio al momento del impacto, mientras que mantienen el suficiente peso para derribar al animal y penetrar sus huesos y piel. Al ser unida a la flecha por medio de tendón deshidratado, al contacto con la sangre se reblandece lo suficiente para que en caso de que el animal escape, el amarre se afloje y la punta permanezca adentro. En caso de que el animal lograra separar la flecha de su cuerpo, acto de por sí difícil de realizar por la geometría de la punta y de la flecha, el desgarre muscular sería devastador para la presa.

Opler, en su etnografía clásica sobre los chiricahuas publicada originalmente en 1941, describe la construcción de los arcos y flechas de este grupo.²³ Sostiene que los informantes chiricahuas que le brindaron su testimonio identifican al árbol de morera (*morus microphylla*) como la madera preferida para los arcos y el dardo anterior de la flecha. Apunta que la longitud de los arcos es de aproximadamente 120 cm de largo, los cuales se tratan con grasa y se dejan secar sobre las brasas

lentamente. El proceso aproximado de curado es de diez días, al término de los cuales se efectúan dibujos y decorados de invocación a los ancestros o espíritus necesarios, entre ellos el venado. Por su parte, también identifica que el tendón de venado se emplea para la cuerda del arco. Todos estos elementos resultan muy compatibles con lo observado en campo y los testimonios que informantes dieron al presente autor en 2009-2010. De manera complementaria, señala que las fechas para cazar venados se diseñan para mantener su puntería a cien metros de distancia, y que se elaboran con carrizo y mezquite, así como con plumas atadas con tendón para proveer de mayor estabilidad. También indica que al momento de tirar la flecha, el cazador/usuario utiliza el dedo índice y medio de manera conjunta por un extremo, y el pulgar a manera de pinza para estirar la cuerda.

Los testimonios presentados en este artículo complementan la etnografía de Opler al proveernos de mayores detalles respecto a la construcción y utilización del arco y las flechas para propósitos de cacería y guerra. Sin embargo, Opler no menciona el uso de puntas de flecha metálicas en la construcción del binomio, pese a que en numerosas fotografías y recuentos hechos en el siglo XIX, al igual que en los registros arqueológicos en el suroeste estadounidense, se identifican puntas de flecha apache. Desde esta perspectiva, los datos del 2009 y 2010 nos permiten analizar la tecnología y técnica requerida para la correcta operación del binomio arco/flechas para propósitos de cacería y combate.²⁴

Un elemento importante que debe destacarse es que tanto los arcos como las flechas son específicamente diseñados y configurados por el usuario en cuestión, lo que facilita su identificación. Pero por otro lado, el diseño implica que se encuentra amoldado adecuadamente al cazador/guerrero, maximizando sus potencialidades. Los rezos y procedimientos son especiales para el arco, por lo que se considera un artículo de gran valor personal. Por lo tanto, el proceso de cacería

²³ *Ibidem*, pp. 386-389.

²⁴ Morris E. Opler señala en su etnografía que los chiricahuas empleaban veneno en sus flechas para la cacería y el combate. Este dato no pudo constatar en campo, pero tampoco se descarta que en la actualidad se utilice; véase *ibidem*, p. 319.

comienza formalmente con el diseño, curación y preparación del arco y de las flechas del cazador. En su etnografía, Opler²⁵ señala que la mayor parte de los venados son cazados con arcos y flechas, por lo que el proceso de formación de los varones se enfoca a dominar las técnicas referentes a este binomio.²⁶

La cacería propiamente dicha comienza con un delicado proceso de rastreo y observación del animal. Esteban, apache de Arizona, comentó en 2010:

Tienes que rastrear al animal, leerle las huellas. Tienes que ver pa' donde va, cómo se mueve y decidir dónde lo vas a agarrar. Lo más fácil es cerca del ojo de agua, cuando va o regresa de beber. Ahí te lo chingas. Pero también tienes que ver cómo tira el viento, y si eso le va a pegar a la flecha. Aquí te lo cuento paso a pasito, pero el que es de verdad cazador lo hace así como así. Ya le tenemos agarrada la medida. Pero de que tienes que ver al venado, lo tienes que ver.

Este proceso de observación, rastreo y estrategia hace referencia a lo descrito en otros procesos de cacería apache. Se plantea una “emboscada” al venado, maximizando las ventajas del cazador. Una vez que el cazador ha estudiado las huellas del venado, lo ha observado a la distancia y ha desarrollado la estrategia, el primero ayuna por cuatro días y cuatro noches. En palabras de Esteban:

No comes y tomas poquita agua. No te metes con tu mujer, ni te duermes con ella. Te tratas de limpiar y le rezas mucho [a Dios] para que se apiade de ti y te deje cazar venado. Te limpias para que no huelas a hombre. Te preparas las teguas [mocasines altos], para que no suenen cuando camines ni dejes huella. Tienes que rezar mucho. No puedes cazar cuando tu mujer sangra [menstruación] y ella también tiene que rezar. Si no, pos nomás no cazas y te quedas con hambre.

En la cuarta madrugada, el cazador se desplaza al sitio seleccionado para la emboscada. En el caso de que

²⁵ Morris E. Opler, *op. cit.*, 1996 [1941], p. 318.

²⁶ El ya citado etnógrafo estadounidense también recopiló información, aunque de carácter muy limitado, de la cacería apache de cérvidos por medio del uso de lazos; *idem*.

el lugar permita un parapeto oculto natural, esta ventaja se utiliza. De lo contrario, una de las técnicas a usar es el “autoenterramiento”.

Mira m'ijo, a veces hay que cazar a Venado como si fueras a la guerra. Si todo esta plano, plano, pues te escarbas con cuidado un hueco donde quepas acostado boca abajo. Te pones una cobija encima y luego te echas tierra encima. La cobija la tienes que poner junto al fogón esos cuatro días, para que huela a humo. A los venados no los espanta el olor a humo de mezquite, ya están acostumbrados, pero sí el olor a hombre. Ése es el que te quieres quitar, ¿te acuerdas? Te escarbas el hoyo junto al agua, y con un zacate frente a ti, para que te tape la cara. Ya que te entierras eres casi casi invisible. El venado ve bien, así que te tienes que hacer uno con la tierra. Ya que te enterraste, ni te mueves. Si te pasa la víbora, no te mueves. Si te pasa alacrán, no te mueves. Ni tomas agua ni te meas, te aguantas.

Las observaciones en campo dan cuenta del delicado y complejo proceso de camuflaje del cazador. Pese a que la temperatura puede llegar hasta los 50°C, el cazador se mimetiza con su entorno sin emitir movimiento o sonido, al acecho. Su cuerpo se encuentra enterrado bajo una cobija y una delgada capa de arena/tierra, pero su cara y cabeza se encuentran al descubierto y ocultas tras un arbusto. Su posición es a favor del viento, para evitar que cualquier aroma humano llegue a la ruta de aproximación de la presa. De acuerdo con Cremony,²⁷ esta misma estrategia fue usada por los apaches chiricahuas para ocultarse de sus enemigos y emboscarlos durante el siglo XIX.

El arco se encuentra asido a su mano izquierda y las flechas a la derecha. En esta posición inmóvil, el cazador aguarda a su presa: el venado. Una vez que éste se encuentra a menos de diez metros, y que se encuentra a contraviento, el cazador espera a que baje la cabeza o voltee en otra dirección. De un movimiento continuo, el cazador se levanta, coloca su flecha en el arco y la cuerda sosteniéndola entre los dedos pulgar, índice y medio, a manera de pinza, y jala la cuerda lo más que

²⁷ John Cremony, *Life Among the Apaches*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1983 [1868].



puede sin emitir sonido. Al soltar la flecha, su tiro por lo general encuentra su blanco. En palabras de un informante chiricahua: “le apuntas a las patas traseras, para que cuando se mueva le dé en el pecho”.

En la gran mayoría de las ocasiones, la flecha hace blanco, penetrando el tejido del venado, derribándolo. En ocasiones el venado trata de escapar, como se observó en febrero del 2010, pero sin éxito; tras unos cuantos metros se desploma. El cazador se apresura hacia el cuerpo, que en ocasiones sigue vivo. Con un cuchillo degüella al animal, colocando su nariz y boca cerca del hocico del animal para aspirar su último aliento vital. La cabeza de la víctima se coloca hacia el oriente, y las observaciones señalan que el cazador no camina frente a la cabeza del venado caído. Este elemento es importante de destacar, pues Opler identificó el mismo procedimiento durante sus entrevistas de campo en la década de 1930-1940 entre los chiricahuas y los mescaleros.²⁸

Acto continuo, se realiza una ofrenda de honor y rezo al venado. En ocasiones se ejecuta un canto de honra al animal, destacando su fortaleza, agilidad y valentía. Se ofrece un puñado de tabaco, el cual se distribuye en pizcas a las seis direcciones propias del universo apache: al oriente, al poniente, al norte, al sur, al cielo y al suelo. Finalmente, la séptima pizca se deposita junto a la cabeza del animal, donde el cazador le agradece su vida y promete honrarle. Al término de su honra, el cazador agradece a Dios, hincado y con la vista puesta a las alturas, por haberse compadecido de él y otorgarle su presa.

Esteban comenta sobre este proceso:

Pos es lo que hacemos. Tienes que ser humilde ¿sabes? Sí, mataste al venado, pero no fue fácil, y si no le das honor y gracias a Dios, pues igual a la otra te lo quita. Te tomas su aire, pero no es porque te quieras hacer mejor que venado, sino como respeto. El tabaco es para honrarlo, y no te lo puedes saltar. Si te sabes la canción del venado, se la cantas. Luego tratas al cuerpo con todo respeto, como si fuera tu hermano. Le quitas la flecha y te la guardas. Ésa

²⁸ Morris E. Opler, *op. cit.*, 1996 [1941], p. 320 y Morris E. Opler, *Odyssey A Journey between two Worlds*, Lincoln, University of Nebraska Press, 2002 [1969], p. 79.

luego te sirve, ya tiene la sangre de venado. Lo tienes que destripar ahí mero, comienzas por la parte de abajo y subes hasta el pescuezo. Le sacas las tripas, pero guardas el corazón. Hay quien se come el corazón crudo ahí mero, pero esa es práctica de otros primos [apaches] pero no nuestra. Lo que sí le sacas son los pulmones y se los pones en la tierra.²⁹ Ahí viene el aire de venado, y ese es de Dios, no tuyo. Ése no te toca.

Al término de este proceso, el cazador regresa con su presa a su comunidad. Lo deposita al pie de su casa, donde su esposa lo recibe y lo procesa. Su función como cazador termina cuando su mujer, la matriarca del hogar, recibe el producto de su cacería. A partir de ese momento, el cazador debe limpiarse a sí mismo, a su arco y sus flechas, realizar las reparaciones pertinentes a su equipo y se prepara espiritualmente para cerrar sus oraciones. No es sino hasta este momento que el cazador puede descansar. La caza ha terminado para él.

La caza del venado con arco: el caso lipán

Los lipanes son uno de los grupos apaches no reconocidos por el gobierno federal estadounidense, situación por la cual no cuentan con su propia reservación. De igual forma, constituyen la etnicidad apacheana más pequeña en términos numéricos.³⁰ Los miembros de esta adscripción residen ya sea en las reservaciones de Fort Sill en Oklahoma o en la de Mescalero en Nuevo México. La gran mayoría (84%) no viven en las reservaciones, debido a que sus ancestros nunca ingresaron a ellas. Muchos de ellos viven en centros urbanos y rurales en Texas, y algunos han migrado en busca de empleo o siguiendo las reglas de matrimonio, a otros estados de nuestro vecino del norte, las cuales establecen que el hombre adquiere la residencia de su desposada.³¹ Éste es el caso de Pedro y su familia, lipanes de segunda generación, cuyo padre emigró a la costa noreste de Estados Unidos al seguir esta costumbre apache.

²⁹ Nuevamente, este testimonio coincide con lo descrito por Opler; *ibidem*, p. 320.

³⁰ José Medina González Dávila, *op. cit.*, pp. 7-9 y 66-67.

³¹ Para una explicación y análisis a mayor profundidad, véase *idem*.



De acuerdo con las entrevistas a él y sus hermanos, el padre de Pedro, José, lipán de primera generación y originario del sur de Texas (aunque los padres de éste son originalmente del norte de Coahuila), se mudó a la costa noreste de Estados Unidos al término de la segunda guerra mundial. Aunque el resto de su vida se desarrolló como constructor de edificios (fallecido en 2008, a los 93 años de edad), inculcó en sus hijos las tradiciones y costumbres lipanes que aprendió de sus padres. Desde pequeños, Pedro y sus hermanos adquirieron las prácticas propias de su etnia de adscripción, entre ellas la cacería del venado. De todos sus hermanos, Pedro es quien ha llevado a cabo esta actividad de manera más intensiva, siguiendo las enseñanzas de su padre. Durante una entrevista, en agosto de 2011, él mismo señaló:

Yo he cazado por más de cuarenta años, lo he hecho toda mi vida. Es algo que hacemos como apaches, es lo que somos. Vas aprendiendo a lo largo de los años, vas agarrando callo. Desde que aprendí ando rastreando venado, siempre viendo y observando. Eso es lo que hace todo buen cazador: estar alerta. He cazado en todos los lugares que te puedes imaginar, y aunque vivo en una tierra diferente de la de mis padres y abuelos, lo que me enseñaron lo sigo haciendo. Es algo así como para no olvidar. Ya lo haces parte de ti.

Su proceso de cacería evoca las prácticas ya citadas en el suroeste estadounidense, y aunque tiene recursos materiales (arcos y flechas) que no se encuentran presentes en las reservas o en el Texas rural, los fundamentos rectores de la caza siguen siendo practicados a cabalidad. Durante la entrevista en 2011, se le preguntó sobre cómo acecha y mata al venado, así como los recursos que emplea. En la misma señaló que únicamente realiza la caza del venado durante las épocas del año donde es legal cazar en su estado de residencia, lo que limita tanto las temporadas como la cantidad de venado que puede adquirir por sus propios medios. Pese a que tiene otros recursos tecnológicos a su disposición para cazar, tales como las armas de fuego, Pedro explica los motivos por los que sólo utiliza arco y flecha:

Te pone al nivel del animal, lo hace más cercano. Si te traes un rifle o carabina, pues lo puedes matar a cientos de metros; eso no es cazar. Para cazar venados te tienes que poner a su nivel, como lo hacían mis ancestros. Yo uso arco largo y flechas, lo que tengo a la mano. Para cazar empiezo varios días antes la preparación: voy y leo las huellas del animal, veo sus rastros, veo por qué lados se mueve. Mi padre les llamaba “el grande”, así de importante es el venado. Yo no cazo como estos blancos [no indígenas] de por aquí, que quieren el animal más grande o el que más cuernos tiene. Yo voy por el animal que me mandan. Yo no cazo por recreación o por trofeos como los blancos; yo mato para comer. Por eso me la paso todo el día, todos los días observando y leyendo huellas. Para ponerme al nivel del animal.

Primero me quito todos los olores de humano, porque eso los espanta. No nada más te huele el venado, ¿eh? Todos los animales te huelen, y si los pájaros dejan de cantar, es como si les mandan el mensaje a todos los demás animales que ahí andas. Busco tres o cuatro lugares donde ponerme a esperar al venado, para acecharlo. Estos lugares son elevados, porque el venado rara vez alza la cabeza y ve pa’ arriba. A veces uso los árboles como escondite, otras veces no. Depende del lugar, pero siempre busco que el viento venga a mí, para que el venado no me sienta.

Cazas después de que las venadas parieron, y cuando es la época legal, eso es muy frustrante. Pero cuando se puede me pongo a cazar. Mira, empiezo por quitarme los olores de hombre. Ahora venden cosas para quitarte el olor, pero rara vez los he usado. Es mejor como lo hacían los antiguos, dejas de comer un tiempo y evitas olores comunes. Me trato de camuflar lo mejor que puedo. Me hago casi invisible, y cuando elijo un lugar no me muevo. Hasta el más mínimo movimiento te delata. Llego temprano, a eso de las cinco de la mañana, y ahí me espero. Cuando veo al venado, me pongo listo. Como te dije uso arco, ese lo tengo listo como a unas 67 libras (30.35 kg) de fuerza, y las flechas prefiero las de punta de metal afilado. Tienes que tener cuidado con las flechas, porque las dejo como navajas, ¿eh? Me gustan las de 100 gramos, de navaja.

Cuando el animal está como a 20 o 30 yardas, le disparo. Trato de moverme lento, para no delatarme, pero al final es rápido. Le apunto a las patas traseras, para pegarle en el corazón. De pura suerte le pegas al pecho de un solo

tiro, pero eso es raro. Quieres darle en el lado, para que le entre profundo al corazón y no sufra el animal. Ya que lo maté, me acerco al animal y tengo mucho cuidado.

Primero me le acerco, pongo mi ofrenda [de tabaco] y hago mis rezos. Son los que me enseñaron, son los que hago. Después de eso destazo al animal ahí mismo. Primero lo corto y lo destripo ahí mismo, y le saco toda la sangre. Ésa no la quiero, pero sí me voy por el corazón. Ahí mismo, crudo, me como el corazón del venado. Es para que se me meta. Los pulmones los tiro, porque ahí trae el aire y ese no es mío. También tiro el estómago, porque de ahí comió el venado. A veces te puedes comer el hígado crudo también, pero yo voy por el corazón. Ya que lo preparé, me lo llevo a casa y lo preparo para comer. Me tardo como unos 10 o 20 minutos en destriparlo y cortarlo todo. Ya es la práctica. Lo he hecho toda la vida.

Cuando le tiro al venado, a veces no se mueren luego, luego. Cuando mucho llegan a las 40 o 50 yardas. Con las puntas de flecha afiladas cuando entran al cuerpo del venado se desangran. Tienen la fuerza de atravesar huesos, así que el animal no sufre. Es una muerte limpia. Si cazas como los antiguos no importa el tamaño del animal o las puntas de los cuernos, vas a comer. Tienes que respetar al animal. Si matas al animal, te lo tienes que comer. También usas su piel, no dejas nada sin usar. Es por respeto al venado.

Nuevamente, el testimonio de Pedro nos muestra importantes similitudes y congruencia con la práctica tradicional de los apaches en la caza del venado. La estrategia de la observación y de diseño de una emboscada siguen siendo los mecanismos más importantes utilizados durante la cacería. De igual forma destaca el hecho de que la preparación empieza con la eliminación de humores humanos, la identificación del entorno, y el arribo al escenario de la cacería desde la oscuridad propia del principio del día. Todos estos elementos, pese a que no fueron explicitados durante la entrevista, nos remiten al carácter analítico de los mitos y leyendas lipanes referentes a la cacería del venado. Lo mismo sucede con los rezos, la utilización de todas las partes del venado y el procedimiento para depositar las vísceras en el lugar, mismos elementos que nuevamente destaca Opler en su etnografía.³²

³² Morris E. Opler, *op. cit.*, 1996 [1941], pp. 320 y 324.

Por otro lado, la ingesta *in situ* del corazón del venado es congruente con el testimonio que un informante apache mescalero le dio a Opler.³³ En el mismo, se señala que la primera víctima de un cazador es honrada y su corazón se come crudo en el lugar de la muerte. Ahora bien, es importante señalar que los lipanes de Coahuila y Texas tuvieron mucha cercanía e interacción con los mescaleros originarios de Nuevo México, Chihuahua y el oeste de Texas debido a la proximidad geográfica y la compatibilidad de características culturales. Esto puede explicar en cierta medida que un testimonio mescalero recopilado durante la primera mitad del siglo pasado sea muy similar a la de un lipán en nuestros tiempos.

La constante presencia de los rezos, los actos de honor y de respeto al venado son patentes en el caso de Pedro, como en los descritos anteriormente. Esto sugiere que las prácticas tradicionales siguen siendo transmitidas y llevadas a cabo por la mayoría de los apaches, independientemente de su lugar de residencia. Por otro lado, los detalles específicos de la cacería como la parte del cuerpo donde se apunta la flecha, la ofrenda de tabaco, y la concepción del “aire” del animal y de sus órganos muestran congruencia con las costumbres y creencias amerindias.

El periodo de ayuno, de camuflaje y ocultamiento, así como de “integración” con el medio ambiente de la cacería muestra la relación simbiótica y simbólica entre el cazador, como depredador, y el venado, como presa. Nuevamente, la penitencia del cazador se encuentra presente en los tres casos de estudio, mostrando la relación depredador-presa, la que hace alusión a la mitología y las creencias apacheanas.

El empleo de todas las partes corporales del venado, con excepción de ciertos órganos, también es representativo de las costumbres apaches, las cuales siguen respetándose en nuestros días. El papel jerárquico simbólico que se le otorga al venado, que al menos algunos lipanes designan como “el grande”, hasta su reverencia y honra durante y después de la cacería, muestran el arraigo a este animal y el simbolismo que conlleva. Desde la concepción del venado

³³ Morris E. Opler, *op. cit.* 2002 [1969], p. 78.

como “el Espíritu de la Montaña”, el *gaban*, o como aquél por el cual se manifiestan otras entidades sobrenaturales, hasta su empleo como signo de un componente de la religiosidad apache, es posible ver que estas prácticas representan el hilo conductor entre diferentes costumbres dentro de una misma religiosidad y cosmovisión amerindia.

La cacería del venado entre los huicholes: un espejo semántico de los apaches dentro de una misma área de relaciones culturales

La mayor parte de la tradición antropológica contemporánea considera, por un conjunto de razones fundamentadas o intuitivas, que el área cultural de los apaches corresponde a los territorios designados comúnmente como “Aridoamérica” y “Oasisamérica”, espacios limítrofes al norte geográfico de la ampliamente discutida “Mesoamérica”. Los huicholes corresponden, de acuerdo con esta arbitraria distribución espacial, a la última; por tanto, la mayor parte de los estudios etnológicos comparativos sobre estos grupos no han trascendido de la identificación de patrones culturales y semánticos en su mencionada demarcación. Por desgracia, tan sólo un puñado de antropólogos ha realizado avances de carácter “transregional”, dando la impresión en la antropología contemporánea que, pese a que haya similitudes entre diferentes regiones culturales, por lo general éstas se encuentran circunscritas a sus propios límites.

La técnica, ritualidad y religiosidad asociadas a la cacería del venado entre los apaches y los huicholes nos permiten adentrarnos en la importante discusión referente a los espejos semánticos culturales, y de manera tangencial, reforzar la identificación de un área de estudio etnológico más amplia pero consistente. Los estudios de Preuss³⁴ y Medina,³⁵ entre otros, señalan desde sus particulares investigaciones y perspectivas que los

³⁴ Konrad T. Preuss, “La influencia de la naturaleza sobre la religión en México y los Estados Unidos”, en Johannes Neurath *et al.*, *Por los senderos del maíz. Mito y ritual en la periferia septentrional de Mesoamérica*, México, FCE/Conaculta, 2008 [1905], y Konrad T. Preuss, “La fiesta de la primavera en el México antiguo y entre los indios mandan de los Estados Unidos de Norteamérica”, en

grupos amerindios del Nayar en México tienen correspondencia y un alto grado de vinculación con el sur de Texas y norte de Coahuila, conformando así un amplio campo de estudio etnológico, retomando el término de Josselin de Jong (1977 [1935]).³⁶ Aunque inicialmente las características culturales podrían parecer poco compatibles, es necesario realizar un análisis comparativo más profundo que nos permita identificar las correspondencias semánticas y técnicas.

En el caso de la cacería del venado, Lumholtz³⁷ realizó una notable observación de este proceso entre los huicholes de San Andrés Cohamiata en 1895. Su descripción de este evento, pese a que es de carácter limitado debido a las condiciones de su estudio, nos ofrece una descripción etnográfica invaluable. Durante el segundo día del mencionado proceso registrado, el etnólogo relata:

Constituye parte importante de la fiesta la caza del venado, la cual asegura suerte para el año que viene. Los huicholes emplean las flechas para matar aves y la mayor parte de los animales, pero para los venados hacen uso de lazos, que colocan hasta en número de 20 en los sitios donde dichos animales pasan, poniéndose en seguida a perseguirlos, a veces ayudados por perros. Atan el extremo de la trampa al tronco de un árbol; mientras que el lazo, en cuyo centro queda extendida una red, es colocado de manera vertical en la forma aproximada de un cuadrado, entre dos arbustos o dos estacas clavadas a uno y otro lado de la ruta del venado. El extremo superior de la trampa tiene como media yarda de largo.

Poco después de oscurecer, comienzan los cazadores a hacer sus preparativos para el día siguiente. Se reúnen alrededor del fuego y rezan en voz alta [...] Solamente los puros de mente pueden tomar parte en la cacería, pues ningún venado caería en una trampa colocada por un

Johannes Neurath *et al.*, *Por los senderos del maíz. Mito y ritual en la periferia septentrional de Mesoamérica*, México, FCE/Conaculta, 2008 [1929].

³⁵ José Medina González Dávila, *op. cit.*

³⁶ Jan Petrus Benjamin de Josselin de Jong, “The Malayan Archipelago as Field of Ethnological Study”, en *Structural Anthropology in the Netherlands. A Reader*, Dorchet, Foris Publications (Translations Series, 17), 1977 [1935], pp. 164-182.

³⁷ Carl Lumholtz, *Unknown Mexico*, Nueva York, Dover Publications, 1987 [1902], vol. II.

enamorado, sino que la descubriría, daría un resoplido y se volvería corriendo por donde vino. Buena fortuna en el amor significa mala suerte en la caza, pero aun los que se han abstenido tienen que invocar la ayuda del fuego para extirpar cualquier impureza. Así pues, se esfuerzan en acercarse lo más posible a la llama divina, presentándole todos los lados del cuerpo, alargando las manos abiertas para calentárselas, hecho lo cual se las escupen y se frotan rápidamente las coyunturas, las piernas y los hombros, como hacen los chamanes cuando curan, a fin de que sus extremidades y músculos cobren tanta fuerza como pureza hay en su corazón para la tarea que tienen que emprender. Todo el mundo estaba listo antes del amanecer. [...] tres cazadores, y en casos excepcionales cinco, dirigen la persecución corriendo de frente y en fila. Ellos son quienes aseguran el éxito de la batida e impiden los accidentes, pues el que va en medio representa nada menos que al mismo Abuelo Fuego que todo lo ve.

En aquella ocasión los cazadores partieron con paso vigoroso en número no menor de 45 hombres, uno tras otro, armados [de forma emblemática] de arcos y flechas, y vestidos de la mejor manera, con ropa recién lavada. [...] No todos los que acudían al templo obedecían la regla del ayuno y la oración que se suponen necesarios para coger la presa: lo importante es que los hombres y mujeres de mayor distinción no infrinjan el ayuno. Siguen a los cazadores durante todo el día con el pensamiento, rogando al Fuego, al Sol y a todos los dioses que les den éxito y, por lo tanto, felicidad para todos. El venado es el emblema del sustento y la fertilidad, por lo cual riegan con su sangre los granos de maíz, para que se conviertan en un sustento semejante. Él es el animal sacrificial más valorado por los dioses, pues sin él no se obtendrían la lluvia, ni las buenas cosechas, la salud ni la vida.

De cuando en cuando se ponen de pie los que ayunan, y rezan en voz alta con tan grande fervor, que ellos y todos los demás comienzan a llorar conmovidos. [...] Mucho del resultado depende de estas súplicas [...] Cierta vez se atraparon dos venados, y tal fortuna se atribuyó principalmente a la dedicación con que aquellas gentes se habían estado levantando en todo momento para acercarse a los equipales e invocar a los dioses.

[...] noté vivo y repentino movimiento entre la gente: [...] se aproximaba un mensajero. Era uno de los cinco jóvenes que llevaban las flechas especiales. La emoción de

la gente era intensa, se había ganado el día, las oraciones de los que ayunaban fueron contestadas, ¡los dioses les habían concedido el venado! Cuando el mensajero se hubo acercado más, se vio que traía en la mano el lazo con el que había sido cazado el venado, pero guardaba lo principal en su morral.

Cuando el muchacho llegó [...] puso su morral en manos del sacerdote, quien, llevándolo al templo, lo abrió frente a un nicho situado en la pared opuesta a la entrada, donde se presentan las ofrendas al dios principal del tuki. El morral contenía un pedazo de intestino del venado, atado en ambos extremos, y lleno de sangre. El chamán mojó en ésta un dedo y la untó, primero en el tambor, luego en los diminutos equipales de los dioses y por último en los equipales de los principales.

De inmediato se ofreció de comer al muchacho, con lo cual quedó roto el ayuno para todos los presentes. Media hora más tarde llegaron los demás, encabezados por un hombre que cargaba el venado, el cual siempre se lleva entero al templo, con excepción de los intestinos delgados, que se le extraen para quemarlos en el sitio mismo donde ha sido capturado. [...] Fuera del templo se había extendido, a la derecha de la entrada, una capa de zacate sobre la cual se depositó cuidadosamente el venado [...]

Se tendió al animal con las piernas hacia el oriente, y frente a él se colocaron toda suerte de comestibles y ollas de tesguino. Cada quien, a su vez, fue acercándose al venado para darle palmadas con la mano derecha [...] “Descansa”, le decían, dándole el nombre de Hermano Mayor. [...] Abrieron un hoyo en el suelo, donde pusieron a tatemar el venado, entre piedras calientes, resguardando la carne con hojas y cubriendo el agujero con tierra, procedimiento usado siempre para tal cosa. En cuanto a la sangre, se hierva en una olla.³⁸

El análisis de este relato con el proceso de la cacería del venado entre los apaches, sugiere dos juegos de relación semántica y semiótica: aquellos de correspondencia directa, y aquellos de oposición simbólica. Ambos son complementarios y nos sugieren un intrincado pero compatible sistema dentro de una misma área cultural extendida, que se expresa por medio de la interrelación de ciertas prácticas y costumbres culturales. El primero nos permite establecer la definición de una

³⁸ *Ibidem*, pp. 40-51. Traducción del autor.

misma área semántica cultural, mientras que el segundo nos permite —por medio de un paquete de oposiciones directas— identificar dos extremos de una misma concepción y práctica amerindia.

Respecto al primer paquete relacional, el simbolismo representativo del venado como símbolo de vida, fertilidad y de dones destaca como común denominador de ambos grupos amerindios. De manera paralela, la declaratoria de una relación de parentesco entre “la gente” (apaches/huicholes) y el venado también nos remite a una concepción similar de los grupos amerindios con el entorno que les rodea. Durante el proceso específico de la cacería, los rezos de súplica y actos de purificación destacan como los ejes relacionales más importantes. Este conjunto de actividades, que pueden interpretarse como una penitencia, tienen la finalidad de obtener el beneplácito de las deidades y entidades sobrenaturales para obtener al venado, así como todo lo que conlleva. El ayuno, la purificación y la abstinencia forman parte de un conjunto de símbolos rituales enfocados a la consolidación de la penitencia humana para la obtención del “espíritu de vida”, que se materializa en el venado.

En ambos grupos amerindios encontramos el simbolismo del alba matutina, así como del proceso de renovación del grupo para un nuevo periodo de vida. De esta manera la penitencia humana permite la muerte del venado, que se representa y se traduce en la vida individual y comunitaria. Este proceso de encontrar “la vida por la muerte” nos remite tanto al carácter simbólico como material de los elementos constituyentes de la cosmovisión amerindia, manifestada en su religiosidad y ritualidad. Aunado a los datos de Lumholtz, que nos indican que los lazos son el correspondiente semántico del arco y la flecha para los huicholes en lo referente a la cacería de cérvidos, estos elementos nos indican que al menos dentro de la simbología discursiva, religiosa y ceremonial de la cacería de los venados, el territorio del Gran Nayar es parte de un mismo *continuum* con la apachería, mismo que puede concebirse como una misma área semántica cultural.

Para los huicholes, las flechas representan una oración, las cuales se elaboran en honra y señal de petición a una deidad específica. De acuerdo con Lumholtz,³⁹

cuando los huicholes quieren cazar venados elaboran una flecha especial para solicitar el éxito en su empresa. Para este efecto, al menos tres variedades descritas en su obra nos dan cuenta de la relación simbólica de las flechas, el venado y los lazos para cazarlos. Las flechas del Bisabuelo Cola de Venado (*Tato'si Ma'ra Kw'ari Ulu'*) son de 68 cm de largo, en cuya parte media se representa un lazo para atrapar venados por medio de un aro de aproximadamente 9 cm de diámetro con un tejido en forma de telaraña en su interior, elaborado con estambre rojo y azul, con una apertura al centro. El etnógrafo noruego nos dice que este objeto representa una trampa para atrapar venados, que al ser ungido con sangre asegura el éxito de la caza.⁴⁰

Un segundo tipo corresponde a las flechas del Hermano Mayor (*Tama'ts Pa'like Tamoye'ke Ulu'*), las cuales tienen una dimensión aproximada a los 58 cm y presentan colgados del cuerpo de la flecha dos trampas para atrapar venados. Lumholtz⁴¹ afirma que son replicas diminutas de las usadas para atrapar venados, y el conjunto representa el mecanismo para dar muerte al venado. Finalmente se encuentra la flecha del Cazador de Venado o flecha del Hermano Mayor (*Tama'ts Pa'like Tamoye'ke Ulu'*), la cual es de 57 cm de largo y presenta de manera horizontal en cinco de sus 15 componentes la representación de trampas para cazar venados.⁴² Una variación de estas flechas (*ko'ma*), las cuales se agrupan en tercias, son suspendidas de manera horizontal en la espalda de los cazadores de venados, atadas a sus cuellos por un cordón.⁴³

En virtud de estas descripciones y observaciones de Lumholtz, es posible identificar que el lazo huichol para cazar venados es la contraparte simbólica de las flechas apaches para el mismo fin, las cuales se conservan de manera emblemática y asociadas a las oraciones para el éxito de la cacería. Por este motivo, es posible considerar que el lazo huichol *es* la flecha apache al momento de la cacería del venado. Una interpretación

³⁹ Carl Lumholtz, *El arte simbólico y decorativo de los huicholes*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1986, pp. 124-125.

⁴⁰ *Ibidem*, pp. 136-137.

⁴¹ *Ibidem*, pp. 137-138.

⁴² *Ibidem*, p. 146.

⁴³ *Ibidem*, p. 149.



plausible de este paralelismo simbólico radica en que las flechas (oraciones en el caso huichol) son la verdadera causa de la muerte del venado, por lo que la asociación del lazo con éstas vincula dos componentes materiales dentro de un mismo campo de interpretación simbólica.

Esto nos conduce al segundo paquete relacional, en el cual un intrincado proceso de oposiciones nos presenta una complementariedad de oposiciones directas y de prácticas ceremoniales y rituales dentro de un mismo espacio de interacción cultural. Por un lado, de acuerdo con Lumholtz, los huicholes emplean el arco y las flechas de carácter simbólico y emblemático, mientras que los apaches los emplean de manera técnica y material. De igual forma, mientras que las evidencias etnográficas sugieren que entre los apaches la relación de cazador-presa es proporcional (1 a 1), entre los huicholes esta proporción es variable. En primer término, esta asimetría se debe a que la muerte del venado se realiza de manera “remota” por medio del uso de trampas especiales, mientras que entre los apaches la cacería es directa y personalizada. Los huicholes acuden en grupo a recoger la presa, con la cual hasta ese momento no han tenido interacción directa. Arriban a las trampas con la certeza de que su penitencia ha sido recibida por las deidades, pero no tienen constatación de esto hasta que llegan al lugar de la muerte del venado.

En el caso apache, la cercanía del cazador con su presa es directa y personal: el largo proceso de observación y rastreo, de alguna manera similar al rastreo de los huicholes ante su(s) potencial(es) presa(s), lleva a que su conocimiento del animal antes de su muerte sea muy íntimo. Se podría especular que es por esta intimidad que el proceso de muerte debe ser personalizado y mutuamente vinculante, pues se lleva a cabo la penitencia *per se* durante la cacería material. Este proceso lleva al cazador a camuflarse e integrarse con su entorno, lo que invariablemente implica adquirir tonalidades visuales y humores propios del medio ambiente. En el caso huichol, la solemnidad propia de recoger el cuerpo inerte del venado los lleva a vestirse de manera acorde, con pulcritud, y con elaboradas decoraciones del vestuario en símbolo de total respeto a su fraterno simbólico.

Entre los apaches, debido a normas religiosas y mitológicas la sangre del venado, su *eau de vie*, no pertenece a los humanos y por tanto debe regresarse a la Madre Tierra. La carencia de uso ceremonial es directamente opuesta a la concepción huichola la cual valora en gran manera la sangre fresca del animal, que se transporta al templo para honrar a los dioses por medio del acto de untar sus equipales. Esto nos lleva a otra importante oposición dentro del espacio semántico compartido: mientras que los huicholes consideran que el templo es el lugar ceremonial por excelencia, los apaches consideran que todo su territorio es propiedad de *Yetasete*,⁴⁴ el Creador, y por tanto casi cualquier lugar es adecuado para efectos religiosos o ceremoniales. En el caso particular de este estudio, el lugar de la muerte del venado se sacramentaliza con su sangre y su último aliento de vida pasa a convertirse en la vida material individual y colectiva de los apaches.

Este hecho nos lleva al siguiente par dicotómico de oposiciones, el cual confiere entre los apaches un valor respetuoso a los pulmones como contenedores del espíritu vital del animal, mientras que los huicholes consideran la sangre como el vehículo de vida. El hecho de dejar en el lugar las entrañas y pulmones del animal también nos remite a un antecedente mitológico entre los apaches, al igual que el descuartizamiento inmediato de la presa *in situ*. Utilizando la piel del animal como contenedor, las partes seccionadas del venado son llevadas de manera semipreparada al hogar o comunidad, mientras que los huicholes llevan a la(s) presa(s) de manera casi intacta al templo, donde se procede a los actos de honra previos al descuartizamiento. En el caso apache la honra al animal, su dueño y su espíritu se lleva a cabo durante los últimos momentos de vida del mismo, así como inmediatamente posterior a su muerte.

Por otro lado, en algunos casos el cazador apache se entierra como un medio de camuflaje, pero también como recurso simbólico. Al internarse en la tierra se convierte en parte de la misma y continúa el proceso de supresión de su olor humano para convertirse en parte de su entorno. Se podría también interpretar esto

⁴⁴ También referido como *Yosin*, *Usen* o *Jousin*.



como “hundirse en el inframundo” para matar al venado, pues éste es el lugar mitológico y de origen emblemático del mismo. Desde el momento en que el cazador se despoja de sus humores, antes de salir en su búsqueda del cérvido, deja su humanidad atrás para convertirse en un depredador al nivel del venado en su carácter simbólico, un componente más del entorno natural y sobrenatural. En el caso huichol, el venado se entierra después de su muerte como parte del proceso de aprovechamiento del mismo, en este caso como parte de la cocción y preparación para alimentar al pueblo. Finalmente, el cazar al venado entre los huicholes representa la promesa de suerte y dones para el periodo temporal inmediato (año) siguiente, mientras que para los apaches es el punto culmine de buenos augurios durante todo el año, presente y futuro.

Mientras que otras relaciones de oposición pueden ser derivadas del análisis de los datos etnográficos y de las observaciones de Lumholtz y otros autores, las anteriormente referidas nos permiten identificar la potencial vinculación semántica, religiosa, ritual y

ceremonial entre los apaches —incluyendo sus subdivisiones— y los huicholes. Trascendiendo a las concepciones regionales de distribución analítica amerindia establecidas por la antropología contemporánea, estos datos nos indican que los complejos culturales de ambos grupos, en lo que se refiere a la cacería y concepción simbólica del venado, resultan compatibles y complementarios dentro de una misma área relacional semántica cultural. Como parte de un mismo sistema semiótico y conceptual, el venado representa un elemento vinculante y recíproco que dota a estas comunidades amerindias de su sustento ceremonial y religioso.

Con concepciones comunes y con elementos en directa oposición, ambas tradiciones culturales nos indican la cercana vinculación y continuidad en un área semántica de miles de kilómetros en su extensión. Aunque dicha aproximación podría parecer arriesgada en el marco contemporáneo de los estudios etnológicos, nos permite la posibilidad de profundizar en los estudios y análisis comparativos que identifiquen los hilos culturales conductores de las tradiciones y reli-

Relaciones de oposición en la cacería del venado	
APACHES	HUICHOLAS
Muerte del venado directamente por el cazador.	Muerte del venado por el cazador de manera indirecta (trampas).
Uso material de arco y flechas.	Uso simbólico de arcos y flechas.
Un cazador por presa.	Varios cazadores por varias presas (potenciales).
Uso del camuflaje “naturalizado”, maximizando el terreno de caza.	Uso de vestimenta ceremonial para recoger el venado.
No hay uso (ritual o culinario) de la sangre del animal.	Uso de la sangre del animal con carácter ritual y alimentario.
Valoración del “neuma” de la presa.	Valoración de la sangre de la presa.
Descuartizamiento del animal <i>in situ</i> .	El animal se trae a la comunidad íntegro.
Concepción del lugar de la muerte del venado como un “templo”.	Concepción del templo arquitectónico como lugar fijo al cual se lleva el cuerpo semiintacto del venado.
El cazador se puede enterrar en un hoyo antes de la muerte del animal.	El venado se entierra en un horno posteriormente a su muerte, para su aprovechamiento.
El cazar un venado trae suerte constante.	El cazar a un venado trae suerte para el año venidero.

giosidad indígena en el hemisferio norte de nuestro continente. De esta manera, la penitencia humana para obtener dones de las entidades sobrenaturales, encontrar el recurso de vida individual y comunitaria por medio de la muerte simbólica y física de la materialización de los dones, así como la asociación mutuamente vinculante entre lo terrenal y el infra y supramundo, nos llevan a la conclusión de que la cosmovisión, ritualidad y semántica amerindia se encuentran entrelazadas por un mismo marco semántico, semiótico y relacional que trasciende las fronteras rígidas de las concepciones académicas.

Aunque en el presente texto tan sólo se ha trabajado la práctica de la cacería del venado entre los apaches y tangencialmente la de los huicholes, estos elementos deben movernos a una profunda reflexión y a revisar mayores casos etnográficos entre los grupos que, debido a una arbitraria y no necesariamente adecuada separación conceptual, han sido considerados como diferentes e inconexos. Preuss⁴⁵ señaló en su momento la vinculación semiótica entre los amerindios del suroeste estadounidense y el occidente mexicano, indicaciones que han sido relegadas en la mayoría de las publicaciones contemporáneas. Sin embargo, el estudio etnográfico comparativo presentado en este texto vuelve, nuevamente, a destacar las realidades subyacentes que el citado estudioso alemán identificó hace ya más de un siglo.

En el presente artículo se ha presentado una primera aproximación comparativa de las tradiciones venatorias entre los apaches y los huicholes, dando énfasis primordial a los primeros. Sin embargo, se debe considerar que este análisis se encuentra en un estado inicial y que el análisis detallado de la cacería mitológica, ritual y material de cérvidos entre los mencionados grupos amerindios requiere una consideración exhaustiva que escapa al objetivo de este texto. Por este motivo, en artículos posteriores se profundizará en el análisis técnico y conceptual-mitológico de la cacería del venado entre los huicholes y otros grupos amerindios del noreste mexicano y suroeste de Estados Unidos.

⁴⁵ Konrad T. Preuss, *op. cit.*, 2008 [1905] y 2008 [1929].

Mientras que la antropología en el hemisferio norte de nuestro continente intenta romper el *status quo* y trasciende las barreras analíticas impuestas en el siglo pasado (Mesoamérica, Aridoamérica y Oasisamérica específicamente), las costumbres y tradiciones aquí descritas, al igual que muchas más, reiteran su vigencia y consolidan su trascendencia. Éstos son los elementos de la tradición: un conjunto de prácticas que se transmiten de generación en generación, que reafirman la pertenencia de los individuos a su comunidad de manera simbólica y religiosa-ritual y los reitera en lo personal y en lo colectivo dentro del complejo mundo al que pertenecen. Es, entonces, una manifestación de una etnicidad ancestral vigente.

Epílogo de una práctica tradicional: otros recursos tecnológicos

En febrero de 2010, durante un viaje a Nuevo México, tuve la oportunidad de visitar a un artesano apache que, entre otras cosas, fabrica arcos y flechas. Mientras que la gran mayoría se encontraban elaborados con ramas de mezquite y de otras maderas propias de la región, uno de ellos llamó mi atención: fabricado con un segmento de tubo de PVC de 120 cm de largo, cuatro cm de ancho y tres de luz, con una ranura horizontal en cada extremo por la que corría un hilo de cáñamo. En la parte media, un trozo de piel de venado servía de agarradera, y no contaba con mayor decoración. Al preguntarle al artesano sobre esta pieza, me contestó:

Pues es un arco barato, cualquiera lo puede hacer. Se empezaron a hacer para los niños, antes de que les hicieran su propio arco, pero luego, luego, vemos que sirve también para los grandes. Lo puedes jalar y no romper, es ligerito y no es caro. Claro, no es como un arco de verdad, como los antiguos. Pero de que sirve y mata, sirve y mata. Yo los he probado y le puedo meter una flecha a un tablón de una pulgada y atravesarlo. Si eso le hace a los tabloneros, imagínate a un venado. No, no es lo mismo que uno de los antiguos, pero es más barato. Se hace lo que se puede, si no tenemos mucho dinero. A éste no se le reza ni se prepara, ni se cura. Pero de que mata, mata.



Figura 14. Cazador apache con arco y flechas. Thomas Mails, *op. cit.*

Por un lado resulta trágico que las limitaciones financieras propias de muchos amerindios en Estados Unidos, así como la falta de recursos, les impidan continuar con la elaboración de ciertas herramientas y armas tradicionales que han sobrevivido por generaciones; pero también es de destacar el ingenio y la capacidad de adaptación de las mismas a los recursos modernos. Muchos, al verse imposibilitados para adquirir un arco tradicional elaborado con madera y tendón animal han recurrido a baratos pero eficientes tubos de PVC y cordel de cáñamo. Livianos, baratos y eficientes, representan una adaptación a los recursos del entorno. Sin embargo, la intención y geometría necesaria para la caza del venado sigue vigente, como un recordatorio de las tradiciones y costumbres del pueblo apache, que fundamenta parte de su religiosidad en la honra y caza del venado: uno de los Espíritus de la Montaña.

La cacería del venado entre los apaches representa una práctica de remembranza, de re-creación y de renovación. Al llevarla a cabo se reviven y reiteran las historias mitológicas y las enseñanzas de sus ancestros, mismas que refuerzan su construcción identitaria y les afianza en sus costumbres. De manera implícita el binomio simbiótico cazador-venado hace alusión a la complicidad inseparable entre el hombre y sus deidades, entre sus necesidades y sus dones, y entre su cotidianidad y su religiosidad. De cierta forma, también representa la tradición y la modernidad, que al encontrarse da como resultado la persistencia de una práctica ancestral: la cacería apache del venado.

